

T E S E O

Carlos Alberto Cachay Flores

A mi Viejo Pocho.

Arriadas las negras velas, sacrificados los nueve caballos y rasgadas las túnicas por el luto y la pena de no poder hallar el cuerpo de Egeo, su hijo Teseo permitió que el lento amor de Ariadna lo penetrase y lo aliviase de éstas y de otras más terribles torturas del alma... Tenía el Rey mucho por olvidar: su primera visión del Minotauro, engañosa, fugaz como un nocturno pez, que resultó no ser más que su propia y tremenda imagen, barbuda y angosta, reproducida por un falsario espejo de bronce en el fondo de un corredor traicionero; la segunda, más angustiosa, en la que no podía ya distinguir si aquello era su propio reflejo, o el monstruo, o el reflejo del monstruo, o él mismo, transmutado en monstruo o reflejo por la confusión, el hambre y el miedo... Finalmente, su encuentro frente a frente con el engendro, que los aedas cantarían vistiéndolo del circunstancial heroísmo que contamina todo de falsedad: la espada se resbalaba de sus manos decididas antes a matar que a morir, sí, pero no por la inmundada sangre de la bestia, (pues aún no había asestado el noble metal) sino por su propio sudor, hijo de un miedo infinito. Y era verdad que gritó, pero no como gritan los héroes, para aterrorizar con ruidos al enemigo cobarde, sino de asco, al verse tan cerca de la desembozada muerte y tan amenazado por esta cosa que —los aedas no lo sabían, ya que tampoco lo supo nunca el infame Minos— era un hombre muriendo y un toro muriendo compenetrados en un único agonizante cuerpo. Algo había detenido al hombre en el toro y al toro en el hombre, y no podían tolerarse uno en el otro y no podían convertirse ninguno en el otro, y el Destino mandaba al desdichado las Parcas, y las Parcas, iniciada su tarea hacía siglos, no se atrevían a terminarla, y la espada otra vez resbalaba de la durísima piel y de las manos que la asían, de su piel temblorosa y miserable, y despertaba Teseo con cálida fiebre y otra vez Ariadna, la de los ojos de oliva, lo rescataba de un laberinto, éste entrampado de cenagoso sudor y amurallado de pesadillas.

Sólo otra cosa sabemos de Teseo, y no la cantan los hábiles aedas, ya que a ellos sólo competen los hechos de los hombres mas no las confusas ideas que sólo perturban al Demos sin enseñarle sobre su patria, y que los sofistas incuban parlotando como las cacatúas que los faraones se hacen traer del sur por el río Egipto. (Quieren ser profundos a fuerza de oscuros. Olvidan que es la verdad como el Mar que nombró el viejo Rey con su muerte, que aún a su gran profundidad una claridad también grande, y el que mira sabe que es profundo precisamente porque es claro, y que reluce en él la verdad que lo inunda).

Hacen bien, pues, los aedas en olvidar el segundo predicamento de Teseo, su hallazgo de otra terrible cosa metamorfoseada; pero yo no soy uno de ellos, soy Augur, y en las negras entrañas de las aves he aprendido que la Nube del Hades creció ya sobre la Cólquida y se acerca a nuestra patria conducida por el viento del Este, como si Ctonia y sus Titanes quisieran vengarse de este mundo, magro triunfo de dioses y hombres. Sé que la Nube está por llegar, lo sé ahora porque he revisado con el sagrado puñal de antiguo cobre las cálidas entrañas de mi hijo, a quien crié sin darle nombre y a quien nunca rozó Helios Apolíneo con los inflexibles rayos de su frente. Muerto mi hijo anónimo, me dispongo a morir yo también como todos los que han sido hombres, pero antes escribiré según el camino del buey lo que sé de Teseo, para que su memoria no se pierda, y para que otros hombres futuros, ignotos y ferales, puedan saber qué trabajos regían nuestros acongojados corazones, y no hallen sólo nuestros cuerpos dispersos, saltadas nuestras entrañas ennegrecidas, destruidas nuestras ciudades, muertos en esa muerte también los matadores.

Tablilla Beta

Un oráculo (al cual el nombre de mi casa no es ajeno) mandó a Teseo conservar el barco que lo había devuelto a Grecia desde la verde Creta, pero con la desusada condición de cambiar a cada nueva luna uno de los maderos del navío, reemplazándolo cada vez por una tabla joven de forma y porte similares.

Prudente en la pena, el Rey acató la voz y durante muchos años los nuevos esclavos hubieron de acostumbrarse, como se acostumbran a la noche los niños, al trueque ritual de una orza vieja por una orza nueva, de cada uno de los rectos travesaños de remero por otros jóvenes y flexibles, de cada húmedo remo por otro, y, en una oscura noche memorable, de una terrible máscara por otra de idénticas pinturas.

Mes a mes perduraba el barco de Teseo, pues el cambio de una pajilla no convertía a la canasta en algo distinto: anclado sobre el mar transparente, era siempre el barco del Rey, y siguió siéndolo durante dieciséis años y un mes, en que la última pieza vieja fue reemplazada. (No ha sabido darme mi vástago el nombre de esa parte final). Mudo se había mantenido el oráculo durante todos esos años, pero el fiel Teseo creyó justo reportar que había cumplido la tarea encomendada, y es fama entre los de mi sangre que la sentencia del trípode reencontró al Rey con sus pesadillas. Pues la perniciosa Ariadna, para vengar el hecho cruel de que su esposo la había abandonado a poco de volver de Creta, y a quien el Centauro había regalado colgando de los cielos su semicircular corona, se había ocupado durante esos años en conservar cada una de las piezas auténticas del barco en una caverna. Esclavos de la Fócida, algunos de los cuales pagaron con la ceguera sus intentos de huida, reconstruían el navío en la oscuridad, infamando el Destino de dioses y hombre.

Algo debió presentir el Rey cuando su ladina esposa lo atrajo hacia la caverna que albergaba a este segundo monstruo. Teseo hubo de decirse al verlo: algo aberrante debe haber en un objeto que existe dos veces en el mundo. Palideció Teseo, recordó su piel antiguos temblores: no podía saber si este bajel era el suyo, o el reflejo especular del suyo, o el suyo trasmutado en un reflejo cuya factura no requería del bruñido bronce, sino de la humana conjunción del tiempo y la imprudencia.

Tablilla Gamma (Fragmento)

(...) una de las naves ha sido destruida, y cada una de sus partes minuciosamente reducidas a astillas. No vive nadie que sepa cuál de las dos es la que perdura, pero (lo sé ahora) la eliminación del segundo monstruo ha sido inútil. Los hombres hemos cometido nuestro último error, hemos ido más allá de lo soñado por el propio Prometeo, que alimenta al cuervo. Desconozco, como todos, las palabras de aquel segundo oráculo, el que condenó con Teseo a todos los hombres. Hoy sólo recibo cada aurora con el rostro espolvoreado de ceniza, listo cualquier día a ver mis esputos negros, listo a esperar vanamente al áureo carro que Apolo habrá ocultado tras la Nube para siempre.